

**Sujets Oraux ENS 22**  
**Epreuve commune Espagnol**

**Interrogateurs: Stéphanie Decante et Philippe Rabaté**

Voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
Voces antiguas que cercan  
voz de clavel varonil.  
5 Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.  
10 Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.  
Cuando las estrellas clavan  
15 rejonos al agua gris,  
cuando los erales sueñan  
verónicas de alhelí,  
voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
\*  
20 Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil:  
¿Quién te ha quitado la vida  
25 cerca del Guadalquivir?  
Mis cuatro primos Heredias  
hijos de Benamejí.  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.  
30 Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.  
¡Ay Antoñito el Camborio  
35 digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir.  
¡Ay Federico García,  
llama a la Guardia Civil!  
40 Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz.  
\*  
Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
45 Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir.  
Un ángel marchoso pone  
su cabeza en un cojín.  
Otros de rubor cansado,  
50 encendieron un candil.  
Y cuando los cuatro primos  
llegan a Benamejí,  
voces de muerte cesaron  
cerca del Guadalquivir.

**Federico GARCÍA LORCA, *Romancero gitano* (1928)**

Al amanecer, las ropas de la cama, revueltas, estaban en el suelo. Tuve frío y las atraje sobre mi cuerpo.

5 Los primeros tranvías empezaban a cruzar la ciudad, y amortiguado por la casa cerrada, llegó hasta mí el tintineo de uno de ellos, como en aquel verano de mis siete años, cuando mi última visita a los abuelos. Inmediatamente tuve una percepción nebulosa, pero tan vivida y fresca como si me la trajera el olor de una fruta recién cogida, de lo que era Barcelona en mi recuerdo: este ruido de los primeros tranvías, cuando tía Angustias cruzaba ante mi camita improvisada para cerrar las persianas que dejaban pasar ya demasiada luz. O por las noches, cuando el calor no me dejaba dormir y el traqueteo subía la cuesta de la calle de Aribau, mientras la brisa traía olor a las ramas de los plátanos, verdes y polvorientos, bajo el balcón abierto. Barcelona era también unas aceras anchas, húmedas de riego, y mucha gente bebiendo refrescos en un café... Todo lo demás, las grandes tiendas iluminadas, los autos, el bullicio, y hasta el mismo paseo del día anterior desde la estación, que yo añadía a mi idea de la ciudad, era algo pálido y falso, construido artificialmente como lo que demasiado trabajado y manoseado pierde su frescura original.

15 Sin abrir los ojos sentí otra vez una oleada venturosa y cálida. Estaba en Barcelona. Había amontonado demasiados sueños sobre este hecho concreto para no parecerme un milagro aquel primer rumor de la ciudad diciéndome tan claro que era una realidad verdadera como mi cuerpo, como el roce áspero de la manta sobre mi mejilla. Me parecía haber soñado cosas malas, pero ahora descansaba en esta alegría.

20 Cuando abrí los ojos vi a mi abuela mirándome. No a la viejecita de la noche anterior, pequeña y consumida, sino a una mujer de cara ovalada bajo el velillo de tul de un sombrero a la moda del siglo pasado. Sonreía muy suavemente, y la seda azul de su traje tenía una tierna palpitación. Junto a ella, en la sombra, mi abuelo, muy guapo, con la espesa barba castaña y los ojos azules bajo las cejas rectas.

25 Nunca les había visto juntos en aquella época de su vida, y tuve curiosidad por conocer el nombre del artista que firmaba los cuadros. Así eran los dos cuando vinieron a Barcelona hacía cincuenta años. Había una larga y difícil historia de sus amores —no recordaba ya bien qué..., quizás algo relacionado con la pérdida de una fortuna—. Pero en aquel tiempo el mundo era optimista y ellos se querían mucho. Estrenaron este piso de la calle de Aribau, que entonces empezaba a formarse. Había muchos solares aún, y quizás el olor a tierra trajera a mi abuela reminiscencias de algún jardín de otros sitios. Me la imaginé con ese mismo traje azul, con el mismo gracioso sombrero, entrando por primera vez en el piso vacío, que olía aún a pintura. «Me gustará vivir aquí — pensaría al ver a través de los cristales el descampado—, es casi en las afueras, ¡tan tranquilo!, y esta casa es tan limpia, tan nueva...» Porque ellos vinieron a Barcelona con una ilusión opuesta a la que a mí me trajo: el descanso, en un trabajo seguro y metódico. Fue su puerto de refugio la ciudad que a mí se me antojaba como palanca de mi vida.

35 Aquel piso de ocho balcones se llenó de cortinas —encajes, terciopelos, lazos—; los baúles volcaron su contenido de fruslerías, algunas valiosas. Relojes historiados dieron a la casa su latido vital. Un piano —¿cómo podía faltar?—, sus lánguidos aires cubanos en el atardecer. Aunque no eran muy jóvenes tuvieron muchos niños, como en los cuentos... Mientras tanto, la calle de Aribau crecía. Casas tan altas como aquella y más altas aún formaron las espesas y anchas manzanas. Los árboles estiraron sus ramas y vino el primer tranvía eléctrico para darle su peculiaridad. La casa fue envejeciendo, se le hicieron reformas, cambió de dueños y de porteros varias veces, y ellos siguieron como una institución inmutable en aquel primer piso.

40 Cuando yo era la única nieta pasé allí las temporadas más excitantes de mi vida infantil. La casa ya no era tranquila. Se había quedado encerrada en el corazón de la ciudad. Luces, ruidos, el oleaje entero de la vida rompía contra aquellos balcones con cortinas de terciopelo. Dentro también desbordaba; había demasiada gente. Para mí aquel bullicio era encantador. Todos los tíos me compraban golosinas y me premiaban las picardías que hacía a los otros. Los abuelos tenían ya el pelo blanco, pero eran aún fuertes y reían todas mis gracias. ¿Todo esto podía estar tan lejano?...

**Carmen LAFORET, *Nada* (1944)**

La gente de Región ha optado por olvidar su propia historia: muy pocos deben conservar una idea veraz de sus padres, de sus primeros pasos, de una edad dorada y adolescente que terminó de súbito en un momento de estupor y abandono. Tal vez la decadencia empieza una mañana de las postrimerías del verano con una reunión de militares, jinetes y rastreadores dispuestos a batir el monte en busca de un jugador de fortuna, el donjuán extranjero que una noche de casino se levantó con su honor y su dinero; la decadencia no es más que eso, la memoria y la polvareda de aquella cabalgata por el camino del Torce, el frenesí de una sociedad agotada y dispuesta a creer que iba a recobrar el honor ausente en una barranca de la Sierra, un montón de piezas de nácar y una venganza de sangre. A partir de entonces la polvareda se transforma en pasado y el pasado en honor: la memoria es un dedo tembloroso que unos años más tarde recorrerá los estores agujereados de la ventana del comedor para señalar la silueta orgullosa, temible y lejana del Monje donde, al parecer, han ido a perderse y concentrarse todas las ilusiones adolescentes que huyeron con el ruido de los caballos y los carruajes, que resucitan enfermas con el sonido de los motores y el eco de los disparos, mezclado al silbido de las espadañas al igual que en los días finales de aquella edad sin razón quedó unido al sonido acerbo y evocativo de triángulos y xilófonos. Porque el conocimiento disimula al tiempo que el recuerdo arde: con el zumbido del motor todo el pasado, las figuras de una familia y una adolescencia inertes, momificadas en un gesto de dolor tras la desaparición de los jinetes, se agita de nuevo con un mortuorio temblor: un frailer rechina y una puerta vacila, introduciendo desde el jardín abandonado una brisa de olor medicinal que hincha otra vez los agujereados estores, mostrando el abandono de esa casa y el vacío de este presente en el que, de tanto en tanto, resuena el eco de las caballerías. Cuando la puerta se cerró –en silencio, sin unir el horror a la fatalidad ni el miedo a la resignación– se había disipado la polvareda; había salido el sol y el abandono de Región se hizo más patente: sopló un aire caliente como el aliento senil de aquel viejo y lanudo Numa, armado de una carabina, que en lo sucesivo guardará el bosque, velando noche y día por toda la extensión de la finca, disparando con infalible puntería cada vez que unos pasos en la hojarasca o los suspiros de un alma cansada, turben la tranquilidad del lugar.

Medio centenar de personas, todo lo más: un par de veces cada década el vecino arruinado de Región, de Bocentellas o de El Salvador, despierta de su siesta y, sin esperar la orden del eco, descorre con inmutable indiferencia la persiana de canutos o los estores agujereados para observar la nube de polvo en el horizonte de un camino. Con los ojos cerrados su mano abre un cajón lleno de viejas fotografías amarillentas, borlones de seda y bandas de raso de una congregación desaparecida para extraer, de una vieja caja de frutas donde guarda los retazos, un pequeño trozo de cuerda satinado por el uso y anudado en varios puntos como un rosario, en el que, con un gesto diestro y rápido, hace una nueva cuenta cuando el sonido del motor alcanza sus oídos. Imperturbable reanuda la siesta que solamente suspende, dos o tres horas más tarde, para observar la maniobra que se ve obligado a hacer en una estrecha encrucijada del pueblo una tarde de cielo despejado, surcado de nubes hacia el oriente, un viejo, desvencijado y renqueante vehículo de motor, atestado de bultos cubiertos con lonas. En su mirada, a través del visillo, no hay curiosidad ni asombro ni esperanza, pero recostar de nuevo su cabeza en un respaldo comido por las ratas, al acariciar el brazo de terciopelo raído- no puede ocultar un destello de malicia y una cierta sonrisa de alivio cuando, al término de la calle y con el cambio de marcha, el sonido se sitúa en un indefinible descenso que parece preludear su próxima desaparición y abrir el compás de silencio antes del redoble del destino. Nunca, ni en la ciudad abandonada ni en lugar alguno de la vega, se oye decir que ha pasado un coche en dirección a la Sierra; no se propaga el hecho ni el rumor corre, pero acaso el presentimiento se extiende –ese estado polar del aire y ese súbito aroma a pólvora virgen, salitre y algas marinas, esa repentina vitrificación del silencio en una mañana de otoño preparada a recibir al viajero, empavesada de augurios y muecas y susurros funerales– antes y después de que el ronquido de un motor, tranquilo, extratemporal, indiferente, incapaz de saber que en su propio jadear se acumulan sus últimos estertores, haya podido alterar la tranquilidad del valle.

50

Vientos del pueblo me llevan,  
vientos del pueblo me arrastran,  
me esparcen el corazón  
y me aventan la garganta.

5

Los bueyes doblan la frente,  
impotentemente mansa,  
delante de los castigos:  
los leones la levantan  
y al mismo tiempo castigan  
con su clamorosa zarpa.

10

No soy un de pueblo de bueyes,  
que soy de un pueblo que embargan  
yacimientos de leones,  
desfiladeros de águilas  
y cordilleras de toros  
con el orgullo en el asta.  
Nunca medraron los bueyes  
en los páramos de España.

15

20

¿Quién habló de echar un yugo  
sobre el cuello de esta raza?  
¿Quién ha puesto al huracán  
jamás ni yugos ni trabas,  
ni quién al rayo detuvo  
prisionero en una jaula?

25

Asturianos de braveza,  
vascos de piedra blindada,  
valencianos de alegría  
y castellanos de alma,  
labrados como la tierra  
y airosos como las alas;  
andaluces de relámpagos,  
nacidos entre guitarras  
y forjados en los yunques  
torrenciales de las lágrimas;  
extremeños de centeno,  
gallegos de lluvia y calma,  
catalanes de firmeza,  
aragoneses de casta,  
murcianos de dinamita  
frutalmente propagada,  
leoneses, navarros, dueños  
del hambre, el sudor y el hacha,  
reyes de la minería,  
señores de la labranza,  
hombres que entre las raíces,  
como raíces gallardas,  
vais de la vida a la muerte,

30

35

40

45

50

55           vais de la nada a la nada:  
              yugos os quieren poner  
              gentes de la hierba mala,  
              yugos que habéis de dejar  
              rotos sobre sus espaldas.

60           Crepúsculo de los bueyes  
              está despuntando el alba.

65           Los bueyes mueren vestidos  
              de humildad y olor de cuadra;  
              las águilas, los leones  
              y los toros de arrogancia,  
              y detrás de ellos, el cielo  
              ni se enturbia ni se acaba.  
              La agonía de los bueyes  
              tiene pequeña la cara,  
70           la del animal varón  
              toda la creación agranda.

75           Si me muero, que me muera  
              con la cabeza muy alta.  
              Muerto y veinte veces muerto,  
              la boca contra la grama,  
              tendré apretados los dientes  
              y decidida la barba.

80           Cantando espero a la muerte,  
              que hay ruiseñores que cantan  
              encima de los fusiles  
              y en medio de las batallas.

**Miguel HERNÁNDEZ, *Vientos del pueblo* (1937)**

[El 2 de mayo de 1808]

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fue rodear a un oficial francés que a la sazón atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió a aquél otro oficial español que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo estas las que con más denuedo les hostilizaban; pero al poco rato una pequeña fuerza francesa puso fin a aquel incidente. Como avanzaba la mañana, no quise ya perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

-¡Que viene la artillería! -clamaron algunos.

Pero lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hacia la calle Nueva. La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allá también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas; y vi caer no lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Aquel fue uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado a muchos que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos a arrojarse sobre los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos o moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y corrieron todos hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas». Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría a su casa, a la ajena o a la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía con tal que sirviera para matar.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

La calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vio, renuncie a tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre 9 y 11 todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco azotado por impetuosos vientos.

En el Pretil de los Consejos, por San Justo y por la plazuela de la Villa, la irrupción de gente armada viniendo de los barrios bajos era considerable; mas por donde vi aparecer después mayor número de hombres y mujeres, y hasta enjambres de chicos y algunos viejos fue por la plaza Mayor y los portales llamados de Bringas. Hacia la esquina de la calle de Milaneses, frente a la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una veintena de franceses que acudían a incorporarse a sus regimientos, fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres ayudadas por media docena de hombres. Aquella lucha no se parecía a ninguna peripecia de los combates ordinarios, pues consistía en súbitamente envolviéndose y atacándose sin reparar en el número ni en la fuerza del contrario. Los extranjeros se defendían con su certera puntería y sus buenas armas: pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desorden y una multiplicidad semejante al de un ametrallamiento a mano; ni con la espantosa centuplicación de pequeñas fuerzas que sin matar imposibilitaban la defensa. Algunas veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa; pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal o tienda donde quedaban a salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida a la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

**Benito PÉREZ GALDÓS, *El 19 de marzo y el 2 de mayo (1873)*, en *Episodios nacionales*,  
*Primera serie.***

## Himno a la juventud

*Heu! quantum per se candida forma valet!* Propertio, II, 29, 30

- A qué vienes ahora,  
juventud,  
encanto descarado de la vida?  
¿Qué te trae a la playa?
- 5 Estábamos tranquilos los mayores  
y tú vienes a herirnos, reviviendo  
los más temibles sueños imposibles,  
tú vienes para hurgarnos las imaginaciones.
- 10 De las ondas surgida,  
toda brillos, fulgor, sensación pura  
y ondulaciones de animal latente,  
hacia la orilla avanzas  
con sonrosados pechos diminutos,
- 15 con nalgas maliciosas lo mismo que sonrisas,  
oh diosa esbelta de tobillos gruesos,  
y con la insinuación  
(tan propiamente tuya)  
del vientre dando paso al nacimiento
- 20 de los muslos: belleza delicada,  
precisa e indecisa,  
donde posar la frente derramando lágrimas.
- Y te vemos llegar: figuración
- 25 de un fabuloso espacio ribereño  
con toros, caracolas y delfines,  
sobre la arena blanda, entre la mar y el cielo,  
aún trémula de gotas,  
deslumbrada de sol y sonriendo.
- 30 Nos anuncias el reino de la vida,  
el sueño de otra vida, más intensa y más libre,  
sin deseo enconado como un remordimiento  
—sin deseo de ti, sofisticada
- 35 bestezuela infantil, en quien coinciden  
la directa belleza de la starlet  
y la graciosa timidez del príncipe.
- Aunque de pronto frunzas
- 40 la frente que atormenta un pensamiento  
conmover y obtuso,  
y volviendo hacia el mar tu rostro donde brilla  
entre mojadas mechadas rubias  
la expresión melancólica de Antínoos,
- 45 oh bella indiferente,  
por la playa camines como si no supieses  
que te siguen los hombres y los perros,  
los dioses y los ángeles  
y los arcángeles,
- 50 los tronos, las abominaciones...

## Los hijos del deseo

Son la muestra más elocuente de la perpetua insatisfacción a la que nos condena nuestra infinita capacidad de desear, ese rasgo que distingue a los seres humanos del resto de las criaturas vivientes con mucha más contundencia que la razón. Los he visto en septiembre, con las huellas del verano impresas en todo el cuerpo, la nariz pelada, las rodillas gloriosamente heridas, el pelo estropajoso de salitre de mar y cloro de piscina, arrastrando en sus mochilas nuevas la dolorosa memoria de una alegría soleada, acuática, pandillera y, sobre todo, salvaje. Entonces da pena verlos, pero aún son más conmovedores en invierno, cuando el timbre del despertador suena de noche como una cotidiana sentencia de destierro, y las sábanas están calientes, y las aceras heladas, y los párpados se resisten a despegarse ante una taza de cacao caliente, y esa mañana tampoco han merecido el premio de la fiebre, y el mundo es un asco que hay que atravesar con la trenka bien cerrada, muchos kilos a la espalda, y la fortaleza imprescindible para no desfallecer en un aula humillada por los neones blancuzcos que hacen pálido el aire, más allá de un cielo gris que se deshilacha en jirones de lluvia y de viento contra los temblorosos cristales de las ventanas. Los Reyes Magos jamás conceden el deseo supremo de la demolición de todos los colegios pero, con el presentimiento de la primavera, los más pequeños empiezan a animarse. Los mayores, a cambio, acusan los primeros síntomas de una inquietud que, en el mejor de los casos, se parecerá mucho a la angustia a mediados de mayo. Los que ya dan el curso por perdido están todavía peor, enfermos de miedo, deprimidos, sudorosos, insomnes. Y de repente, todo se acaba, la realidad se invierte a sí misma como un guante travieso, las horas se vuelven locas, las casas cómplices, y las calles casas. El primer día de vacaciones es la única fiesta verdadera, pero se parece a las demás, porque no dura.

Los humanos somos animales deseantes. Ése es nuestro destino, nuestro carácter, nuestra irremediable naturaleza. Por eso, las carreras y los gritos, los brincos y las carcajadas, la pereza y los propósitos de la última semana de junio, no sobreviven en buen estado a la primera quincena de julio. Los niños olvidan pronto, antes incluso que los adultos, y en su radical desmemoria no recuerdan hasta qué punto han anhelado la cama, los desayunos a mediodía, la pasiva tutela del televisor, durante los últimos trescientos días. Ya están de vacaciones, si levantan la vista, todavía pueden ver impresa en todas partes esa palabra casi entera, apenas han empezado a mordisquearla por una esquinita y, sin embargo, no están satisfechos, no pueden estarlo. La mayoría sigue viviendo en su casa de siempre, esperando otras vacaciones, las de sus padres, para disfrutar de las que ahora consideran egoístamente sus vacaciones verdaderas. Mientras tanto, pululan por el barrio, juegan al fútbol con las chinas, devoran polos de hielo, meditan acerca de su negra suerte, e intentan quitarse de en medio como sea de la amenaza de los recados, la fiera agazapada en esas horas neutrales que ya no se acuerdan de reconocer como dichosas.

Llegan al mercado con paso lento, cara de cabreo y un papelito doblado en cuatro en una mano. Unos son más altos y otros más bajos, los hay guapos y feos, mayores y pequeños, gordos y delgados, pero su discurso, unánime, los hace tan homogéneos como si formaran parte de una multitudinaria generación de mellizos idénticos. Vayan donde vayan, pidan lo que pidan, paguen lo que paguen, solamente existen dos palabras que salgan de su boca por propia voluntad, al margen de las instrucciones que hayan recibido en su casa. Esas palabras son «injusticia» y «aburrimento», porque el universo mundo es un lugar aburridísimo donde jamás son tratados con la magnanimidad que merecen, y no han aprobado el curso para esto. Eso opinan, y yo creo que tienen razón. Por encima de la censura implícita en las miradas de esa señora que se queja de lo blandos que nos hemos vuelto los padres y no confiesa hasta qué punto sueña con un collar de perlas, o de ese otro señor que afirma que no tienen vergüenza sin revelar que el coche nuevo de su cuñado le quita el sueño, los niños no hacen más que perseguir el rastro de sus deseos insatisfechos. Los que nacemos humanos no conocemos otra manera de vivir.

**Almudena GRANDES, *Mercado de Barceló*, Barcelona, Tusquets editores, 2003.**

## Desierto Sájara

Sí. Yo tuve un mar sobre mi arena.  
Un mar grande sin límites, compacto.  
La tierra de oro que abrasa soledades  
estuvo henchida augusta del mar que ya no soy.

5

Picaban gaviotas mi cuerpo remeciente,  
movíanse las naves arriba de mis olas.  
Pues yo era el mar que hervía sobre la arena rubia,  
la arena saturada que hoy clama por su agua.

10

¡Oh el mar aquí fantasma, el mar que finge el viento,  
desmelenando dunas, al aventar mi arena!  
¡Ay mar del agua espesa, la que corpórea y dura  
ansían caminantes de mi desierto blando!

15

¿Qué arcángeles de fuego evaporar pudieron  
tanto mar que hube, llevándolo a un abismo?  
Es mi arena abrasada la más sedienta boca  
que clama por un agua que le bebieron dioses.

20

Los hombres me caminan, soñándome poblado  
de aquel mar que fue mío, el mar sobre el desierto.  
Yo les mullo mi carne, les recibe mi arena  
y se quejan de sed junto a mi sede sin huelgo.

25

¡Ay mar de mi génesis, el mar que me escurrieron  
a una zanja de llamas: cuánto pesa la arena!

**Carmen CONDE, *Obra poética* (1929-1966)**

5 Y, sin embargo, yo juraría que la postura era la misma, creo que siempre he dormido así, con el  
brazo derecho debajo de la almohada y el cuerpo levemente apoyado contra ese flanco, las piernas  
buscando la juntura por donde se remete la sábana. También si cierro los ojos —y acabo cerrándolos  
10 como último y rutinario recurso—, me visita una antigua aparición inalterable: un desfile de estrellas con  
cara de payaso que ascienden a tumbos de globo escapado y se ríen con mueca fija, en zigzag, una detrás  
de otra, como volutas de humo que se hace progresivamente más espeso; son tantas que dentro de poco  
no cabrán y tendrán que bajar a buscar desahogo en el cauce de mi sangre, y entonces serán pétalos que  
15 se lleva el río; por ahora suben aglomeradamente; veo el rostro minúsculo dibujado en el centro de cada  
una de ellas como un hueso de guinda rodeado de lentejuelas. Pero lo que jamás cambia es la melodía  
que armoniza el ascenso, melodía que no suena pero marca el son, un silencio especial que, de serlo tan  
densamente, cuenta más que si se oyera; eso era entonces también lo más típico, reconocía aquel silencio  
raro como el preludio de algo que iba a pasar, respiraba despacio, me sentía las vísceras latiendo, los oídos  
20 zumbando y la sangre encerrada; de un momento a otro —¿por dónde?—, aquella muchedumbre  
ascendente caería a engrosar el invisible caudal interior como una droga intravenosa, capaz de alterar  
todas las visiones. Y estaba alerta, a la expectativa de la prodigiosa mudanza, tan fulminante que ninguna  
noche lograba atrapar el instante de su irrupción furtiva, acechándolo inmóvil, con anhelo y temor, igual  
que ahora.

20 Pero miento, igual no, era otro el matiz de la expectativa. He dicho «anhelo y temor» por decir  
algo, tanteando a ciegas, y cuando se dispara así, nunca se da en el blanco; las palabras son para la luz, de  
noche se fugan, aunque el ardor de la persecución sea más febril y compulsivo a oscuras, pero también,  
por eso, más baldío. Pretender al mismo tiempo entender y soñar: ahí está la condena de mis noches. Yo,  
entonces, no quería entender nada; veía el enjambre de estrellas subiendo, sentía el zumbido del silencio,  
y el tacto de la sábana, me abrazaba a la almohada y me quedaba quieta, pero ¡qué iba a ser igual, esperaba  
25 la transformación sumida en una impaciencia placentera, como antes de entrar en el circo, cuando mis  
padres estaban sacando las entradas y me decían: «no te pierdas que hay mucho barullo», y yo quieta allí,  
entre el barullo, mirando fascinada los carteles donde se anunciaba lo que dentro de poco iba a ver; algo  
de temor sí, porque podían mirarme los leones o caerse el trapecista de lo más alto, pero también avidez  
y audacia y sobre todo, un sacarle gusto a aquella espera, vivirla a sabiendas de que lo mejor está siempre  
30 en esperar, desde pequeña he creído eso, hasta hace poco. Daría lo que fuera por revivir aquella sensación,  
mi alma al diablo, sólo volviéndola a probar, siquiera unos minutos, podría entender las diferencias con  
esta desazón desde la que ahora intento convocarla, vana convocatoria, las palabras bailan y se me alejan,  
es como empeñarse en leer sin gafas la letra menuda.

**Carmen MARTÍN GAITE, *El Cuarto de atrás* (1978, íncipit de la novela)**

Paco, el Bajo  
LIBRO SEGUNDO

*La escena se sitúa en un cortijo en Extremadura en los años 1960. Cada libro de Los Santos inocentes adopta el punto de vista de uno de los protagonistas, aquí Paco, el Bajo, y he aquí el principio del libro segundo.*

Si hubieran vivido siempre en el cortijo quizá las cosas se hubieran producido de otra manera pero a Crespo, el Guarda Mayor, le gustaba adelantar a uno en la Raya de lo de Abendújar por si las moscas y a Paco, el Bajo, como quien dice, le tocó la china y no es que le incomodase por él, que a él, al fin y al cabo, lo mismo le daba un sitio que otro, pero sí por los muchachos, a ver, por la escuela, que con la Charito, la Niña Chica, tenían bastante y le decían la Niña Chica a la Charito aunque, en puridad, fuese la niña mayor, por los chiquilines, natural, madre, ¿por qué no habla la Charito?, ¿por qué no se anda la Charito, madre?, ¿por qué la Charito se ensucia las bragas?, preguntaban a cada paso, y ella, la Régula, o él, o los dos a coro, pues porque es muy chica la Charito, a ver, por contestar algo, ¿qué otra cosa podían decirles?, pero Paco, el Bajo, aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, que el Hachemita aseguraba en Cordovilla, que los muchachos podían salir de pobres con una pizca de conocimientos, e incluso la propia Señora Marquesa, con objeto de erradicar el analfabetismo del cortijo, hizo venir durante tres veranos consecutivos a dos señoritos de la ciudad para que, al terminar las faenas cotidianas, les juntasen a todos en el porche de la corralada, a los pastores, a los porqueros, a los apaleadores, a los muleros, a los gañanes y a los guardas, y allí, a la cruda luz del aladino, con los moscones y las polillas bordoneando alrededor, les enseñasen las letras y sus mil misteriosas combinaciones, y los pastores, y los porqueros, y los apaleadores y los gañanes y los muleros, cuando les preguntaban, decían, la B con la A hace BA, y la C con la A hace ZA, y, entonces, los señoritos de la ciudad, el señorito Gabriel y el señorito Lucas, les corregían y les desvelaban las trampas, y les decían, pues no, la C con la A, hace KA, y la C con la I hace CI y la C con la E hace CE y la C con la O hace KO, y los porqueros y los pastores, y los muleros, y los gañanes y los guardas se decían entre sí desconcertados, también te tienen unas cosas, parece como que a los señoritos les gustase embromarnos, pero no osaban levantar la voz, hasta que una noche, Paco, el Bajo, se tomó dos copas, se encaró con el señorito alto, el de las entradas, el de su grupo, y, ahuecando los orificios de su chata nariz (por donde, al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos), preguntó, señorito Lucas, y ¿a cuento de qué esos caprichos? y el señorito Lucas rompió a reír y a reír con unas carcajadas rojas, incontroladas, y, al fin, cuando se calmó un poco, se limpió los ojos con el pañuelo y dijo, es la gramática, oye, el porqué pregúntaselo a los académicos, y no aclaró más, pero, bien mirado, eso no era más que el comienzo, que una tarde llegó la G y el señorito Lucas les dijo, la G con la A hace GA, pero la G con I hace Ji, como la risa, y Paco, el Bajo, se enojó, que eso ya era por demás, coño, que ellos eran ignorantes pero no tontos y a cuento de qué la E y la I habían de llevar siempre trato de favor y el señorito Lucas, venga de reír, que se destornillaba el hombre de la risa que le daba, una risa espasmódica y nerviosa, y; como de costumbre, que él era un don nadie y que ésas eran reglas de la gramática y que él nada podía contra las reglas de la gramática, pero que, en última instancia, si se sentían defraudados, escribiesen a los académicos, puesto que él se limitaba a exponerles las cosas tal como eran, sin el menor espíritu analítico, pero a Paco, el Bajo estos despropósitos le desazonaban y su indignación llegó al colmo cuando, una noche, el señorito Lucas les dibujó con primor una H mayúscula en el encerado y, después de dar fuertes palmadas para recabar su atención e imponer silencio, advirtió, mucho cuidado con esta letra; esta letra es un caso insólito, no tiene precedentes, amigos; esta letra es muda, y Paco, el Bajo, pensó para sus adentros, mira, como la Charito, que la Charito, la Niña Chica, nunca decía esta boca es mía, que no se hablaba la Charito, que únicamente, de vez en cuando, emitía un gemido lastimero que conmovía la casa hasta sus cimientos, pero ante la manifestación del señorito Lucas, Facundo, el Porquero, cruzó sus manazas sobre su estómago prominente y dijo, ¿qué se quiere decir con eso de que es muda? (...).

**Miguel DELIBES, *Los santos inocentes*, 1981.**

(Van saliendo mientras hablan. Aparecen LEONARDO y la NOVIA.)

LEONARDO     ¡Calla!  
NOVIA           Desde aquí yo me iré sola.  
                  ¡Vete! ¡Quiero que te vuelvas!

LEONARDO     ¡Calla, digo!  
NOVIA           Con los dientes, con las manos, como puedas,  
                  quita de mi cuello honrado  
                  el metal de esta cadena,  
                  dejándome arrinconada  
                  allá en mi casa de tierra.  
                  Y si no quieres matarme  
                  como a víbora pequeña  
                  pon en mis manos de novia  
                  el cañón de la escopeta.  
                  ¡Ay, qué lamento, qué fuego  
                  me sube por la cabeza!  
                  ¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!

LEONARDO     Ya dimos el paso; ¡calla!,  
                  porque nos persiguen cerca  
                  y te he de llevar conmigo.

NOVIA           ¡Pero ha de ser a la fuerza!  
LEONARDO     ¿A la fuerza? ¿Quién bajó  
                  primero las escaleras?

NOVIA           Yo las bajé.  
LEONARDO     ¿Quién le puso  
                  al caballo bridas nuevas?

NOVIA           Yo misma. Verdad.  
LEONARDO     ¿Y qué manos  
                  me calzaron las espuelas?  
                  Estas manos que son tuyas,  
                  pero que al verte quisieran  
                  quebrar las ramas azules  
                  y el murmullo de tus venas.  
                  ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Aparta!  
                  Que si matarte pudiera,  
                  te pondría una mortaja  
                  con los filos de violetas.  
                  ¡Ay, qué lamento, qué fuego  
                  me sube por la cabeza!

LEONARDO     ¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!  
                  Porque yo quise olvidar  
                  y puse un muro de piedra  
                  entre tu casa y la mía.  
                  Es verdad. ¿No lo recuerdas?  
                  Y cuando te vi de lejos  
                  me eché en los ojos arena.  
                  Pero montaba a caballo  
                  y el caballo iba a tu puerta.  
                  Con alfileres de plata  
                  mi sangre se puso negra,  
                  y el sueño me fue llenando  
                  las carnes de mala hierba.  
                  Que yo no tengo la culpa,  
                  que la culpa es de la tierra  
                  y de ese olor que te sale  
                  de los pechos y las trenzas.

NOVIA           ¡Ay qué sinrazón! No quiero  
                  contigo cama ni cena,  
                  y no hay minuto del día

que estar contigo no quiera,  
 porque me arrastras y voy,  
 y me dices que me vuelva  
 y te sigo por el aire  
 como una brizna de hierba.  
 He dejado a un hombre duro  
 y a toda su descendencia  
 en la mitad de la boda  
 y con la corona puesta.  
 Para ti será el castigo  
 y no quiero que lo sea.  
 ¡Déjame sola! ¡Huye tú!  
 No hay nadie que te defienda.  
 LEONARDO Pájaros de la mañana  
 por los árboles se quiebran.  
 La noche se está muriendo  
 en el filo de la piedra.  
 Vamos al rincón oscuro,  
 donde yo siempre te quiera,  
 que no me importa la gente,  
 ni el veneno que nos echa.  
**(La abraza fuertemente.)**  
 NOVIA Y yo dormiré a tus pies  
 para guardar lo que sueñas.  
 Desnuda, mirando al campo,  
**(Dramática.)**  
 como si fuera una perra,  
 ¡porque eso soy! Que te miro  
 y tu hermosura me quema.  
 LEONARDO Se abrasa lumbre con lumbre.  
 La misma llama pequeña  
 mata dos espigas juntas.  
 ¡Vamos!  
**(La arrastra.)**  
 NOVIA ¡Adónde me llevas?  
 LEONARDO A donde no puedan ir  
 estos hombres que nos cercan.  
 ¡Donde yo pueda mirarte!

Federico GARCÍA LORCA, *Boda de sangre* (1933), Acto Tercero

La verdad es que si en tiempos recientes he querido saber lo que sucedió hace mucho ha sido justamente a causa de mi matrimonio (pero más bien no he querido y lo he sabido). Desde que lo  
5 contraje (y es un verbo en desuso, pero muy gráfico y útil) empecé a tener toda suerte de presentimientos de desastre, de forma parecida a cuando se contrae una enfermedad, de las que jamás se sabe con certidumbre cuándo uno podrá curarse. La frase hecha *cambiar de estado*, que normalmente se emplea a la ligera y por ello quiere decir muy poco, es la que me parece más adecuada y precisa en mi caso, y le confiero gravedad, en contra de la costumbre. Del mismo modo que una  
10 enfermedad cambia tanto nuestro estado como para obligarnos a veces a interrumpirlo todo y guardar cama durante días incalculables y a ver el mundo ya sólo desde nuestra almohada, mi matrimonio vino a suspender mis hábitos y aun mis convicciones, y, lo que es más decisivo, también mi apreciación del mundo. Quizá porque fue un matrimonio algo tardío, mi edad era de treinta y cuatro años cuando lo contraje.

El problema mayor y más común al comienzo de un matrimonio razonablemente convencional es que, pese a lo frágiles que resultan en nuestro tiempo y a las facilidades que tienen los contrayentes para desvincularse, por tradición es inevitable experimentar una desagradable sensación de llegada, por consiguiente de punto final, o, mejor dicho (puesto que los días se siguen sucediendo impasibles y no hay final), de que ha venido el momento de dedicarse a otra cosa. Sé bien que esta sensación es  
20 pernicioso y errónea y que sucumbir a ella o darla por cierta es la causa de que tantos matrimonios prometedores fracasen nada más empezar a existir como tales. Sé bien que lo que hay que hacer es sortear esa sensación inmediata y, lejos de dedicarse a otra cosa, dedicarse a ello precisamente, al matrimonio, como si fuera la construcción y tarea más importantes que ante sí se tienen, aun cuando uno crea que la tarea ya está cumplida y la construcción erigida. Sé bien todo eso, y sin embargo,  
25 cuando me casé, durante el mismo viaje de bodas, tuve dos sensaciones desagradables y aún me pregunto si la segunda fue y es sólo una fantasía, inventada o hallada para paliar la primera, o para combatirla. Ese primer malestar es el que ya he mencionado, el que, por lo que uno oye, y por el tipo de bromas que le gastan a los que van a casarse, y por los muchos refranes negativistas que al respecto hay en mi lengua, debe de ser común a todos los desposados (sobre todo a los hombres) en ese inicio  
30 de algo que incomprensiblemente se ve y se vive como el fin de ese algo. Ese malestar se resume en una frase muy aterradora, e ignoro, qué harán los demás para sobreponerse a ella: “¿y ahora qué?”.

Ese cambio de estado, como la enfermedad, es incalculable y lo interrumpe todo, o al menos no permite que nada siga como hasta entonces: no permite, por ejemplo, que después de ir a cenar o al cine cada uno vaya a su propia casa y nos separemos, y yo deje con el coche o un taxi en su portal  
35 a Luisa y luego, una vez dejada, yo haga un recorrido a solas por las calles semivacías y siempre regadas, pensando en ella seguramente, y en el futuro, a solas hacia mi casa. Una vez casados, a la salida del cine, los pasos se encaminan juntos hacia el mismo lugar (resonando a destiempo porque ya son cuatro los pies que caminan), pero no porque yo haya decidido acompañarla o ni siquiera porque tenga la costumbre de hacerlo, sino porque ahora los pies no vacilan sobre el pavimento mojado, ni deliberan, ni cambian de idea, ni pueden arrepentirse ni elegir tampoco: ahora no hay duda de que vamos al mismo sitio, querámoslo o no esta noche,  
40 o quizá fue anoche cuando yo no lo quise.

**Javier MARÍAS, *Corazón tan blanco* (1992)**

Empezaron a prepararnos convenientemente, porque según decían en el colegio, en casa, e incluso en el cuarto de la plancha y la cocina —ya cada vez menos frecuentados, a mi pesar — ése sería el día más feliz de mi vida.

5 El grupito formado por las niñas de mi clase y yo se componía de unas diez. Todas las tardes, nos dispensaban de asistir a alguna lección y nos reunían en una salita, con el padre Torres. El padre Torres era un señor bajito, con una gran calva sonrosada que brillaba al atardecer. Parecía que siempre estuviera masticando avellanas, pero no masticaba nada. Tenía una voz muy suave, y hablaba del infierno, con todos sus padecimientos, y del cielo, con toda su gloria. También hablaba del demonio. Sobre todo, del demonio, que era un ángel bellissimo, pero que se revolvió contra Dios, y por eso era  
10 ahora El Demonio. Como yo me acordaba muy bien de todo lo que nos contaba, porque de alguna manera se parecía a los cuentos que tanto me gustaban —hasta el momento era lo mejor del colegio—, le había oído decir que cuando no existía el demonio, no había ningún mal, porque Dios era todo bondad. Eso me produjo la extraña sensación de no pisar en tierra firme, algo como una gran laguna escondida bajo las apacibles campiñas de sus palabras, y le pregunté inocentemente que cómo era  
15 posible que si aún no existía maldad alguna, alguien tentara al Ángel Luzbel —que así era como se llamaba cuando aún no era Demonio—. Y entonces hubo un gran silencio. Todas las niñas volvieron la cabeza hacia mí, como si esperaran una respuesta, pero yo no podía dar ninguna respuesta, sólo había hecho una pregunta. La calva rosada del padre Torres enrojeció y con un gesto me indicó que me sentara y permaneciera en silencio. Cuando la Preparación —así llamaban a aquellas pláticas—  
20 terminó, me ordenó permanecer en la clase, y las niñas desfilaron delante de mí y salieron cuchicheando y sofocando risitas. Pero ya había empezado a acostumbrarme a eso. Cada vez que decidía hablar, durante la clase, o fuera de ella, ocurrían cosas parecidas. En los recreos me quedaba aparte, bajo las moreras, mirando largas procesiones de orugas pardas, enganchadas las unas a las otras, caminando hacia quién sabe dónde. Tal como me parecían a mí las niñas, las monjas y yo  
25 misma.

Cuando nos quedamos solos, el padre Torres me llamó con el dedo índice enhiesto, inclinándolo repetidamente hacia sí mismo. «Ven, acércate, que verás lo que te espera...», parecía decir por el brillo punzante de aquellos ojitos negros, demasiado amigos entre ellos, casi juntándose sobre la nariz. Y me entró tal miedo que, en vez de obedecerle, di media vuelta y eché a correr, a correr escaleras  
30 abajo con todas mis fuerzas. En el corredor, las niñas de mi clase ya estaban en fila, para dirigirse al vestíbulo. Era la añorada hora de la salida, que otros días había descendido tranquila, casi contenta —entonces no estaba casi nunca contenta—, o por lo menos aliviada, porque sabía que afuera, en cuanto sor Monique dijera en alto mi nombre, yo atravesaría la gran puerta de hierro y cristales, bajaría las escaleras y en el jardín estaría esperándome Tata María, con la bolsa de la merienda y su  
35 ancha, cálida y dulcemente áspera mano, como la cuevecita donde podría esconderse la mía, fría, pequeña y asustada. Aquel día no esperé a que sor Monique me llamara: crucé pasillo y puertas como un rayo, me veía y me sentía a mí misma como una ráfaga de viento, bajé las escaleras hasta el jardín, y allí estaba, tranquila, grande, hermosa como jamás antes había visto a nadie, mi vieja Tata María. Me precipité hacia ella, abracé su cintura, hundí la cara en su delantal plisado, que olía a tostadas, a  
40 voz cansina leyendo por enésima vez las desventuras y goces de un soldadito de plomo, y enjugando, con una punta, alguna vergonzosa lágrima.

Fue a partir de entonces, cuando yo fui MALA.

**Ana María MATUTE, *Paraíso inhabitado* (2008)**

Hoy viene a la memoria  
la ancianidad doblada junto al fuego,  
prendida la mirada en la llama ondulante  
5 que, inquieta, zigzaguea y encandila.  
Yo no tenía historia para advertir entonces  
el perfil aquilino de mi abuela.  
Ella era a mi lado la referencia segura.  
Me hablaba de la luna, del estrellado cielo,  
10 y de los hombres que en la guerra mueren.

Las dos junto a la lumbre oyendo el crepitar  
de las cepas resacas  
en un cuadro feliz a esas edades.  
15 Todo fue en el comienzo,  
sin letras que juntar ni abecedarios.  
Era su nombre abuela, y me bastaba.  
Si el pan entre las manos, ella decía pan,  
y después lo dejaba en mis manos pequeñas.  
20

Poderosa, sabía de las horas,  
según la raya justa marcada en el alero.  
Al dormir, me abrigaba  
con su cuerpo anchuroso de manteca,  
25 y, con palmadas, despertaba el día  
dejando que la luz invadiera la estancia,  
que yo aprendiera a ver tanta armonía  
desde tan poca cosa.

30 II.  
Mi abuela,  
no fue una dama gris en las alturas,  
sino mujer de negro con rostro de alegría,  
sabiendo de este mundo por su mismo trasiego.  
35 Estuvo en las infancias,  
salvadora del miedo y de la guerra.  
Viajes a sus historias de fantasmas fingidos  
y linajes oscuros.  
Luchó por ahuyentar tristezas y presagios.  
40 Nunca pudo soñar  
que yo viajara un día a Capadocia,  
o, emocionada, ver a una virgen de Giotto.

45 Se fue cuando no estaba. En el patio encalado  
anunciaba su flor el jazminero.

**Francisca AGUIRRE, *Recordatorios* (2006).**

*(En la posguerra española, unos niños se encuentran bajo la custodia del abuelo ; en este fragmento, la madre viene a verlos.)*

De pronto sonó el timbre de la puerta y, durante un minuto, la casa y todos los que en ella había quedaron en suspenso. Se desvaneció la voz de María y desde el hueco de la escalera sólo percibimos la ansiedad que flotaba en el aire, una mezcla oscura de desasosiego, agitación e impaciencia, y al poco las voces de Francisca llamándonos desde el vestíbulo. El abuelo se acercó a la puerta, nosotros nos pusimos tras él y cuando la abrió allí estaba ella, la vimos bajo el brazo que mantenía la puerta entreabierta, sin cerrarle el paso pero sin invitarla tampoco a pasar. Como si la hubiera reconocido, Alexis se escurrió bajo aquel brazo y fue el primero en acercarse a ella que se inclinó y le tomó la cara con las manos y los tules de su sombrero crearon el marco para un rostro que nosotros mirábamos extasiados. Tras Alexis nos deslizamos los demás para recibir nuestra parte de aquella ternura desconocida y dejarnos envolver por sus brazos y por la caricia de sus dedos y de sus labios, hasta que el abuelo con un gesto de la otra mano, sin hablarle, sin mirarla apenas, la hizo entrar y cerró la puerta.

Nadie nos dijo ésta es vuestra madre, pero lo supimos en cuanto la vimos como si hubiera surgido del fondo de la conciencia una imagen antigua que, superpuesta a la mujer que teníamos delante, hubiera coincidido como un calco.

Ella se dirigió por el pasillo de la izquierda hacia el salón, que debía conocer nos dijimos luego, abriéndose camino entre los frailes y los curas , las mujeres de la cocina , tía Emilia, la abuela y la señorita Inés, silenciosos todos e inmóviles, pero con la mirada torva y acusadora algunos y la expresión extasiada las mujeres, la abuela cubriéndose los ojos para no ver, no recordar, no sufrir, hasta que ella hubo pasado y nosotros siguiéndola, custodiados los cinco por el abuelo que cerraba la marcha.

La visita duró muy poco. Nadie osaba hablar. El abuelo de pie en la puerta hacía de centinela con la cara más hosca que le habíamos visto jamás, y nosotros rodeamos a la mujer buscando un refugio que no pudo darnos porque a un nuevo gesto de él, diez minutos escasos de besos y caricias repartidas entre todos, bastaron para que ella se levantara, y con su rostro dócil y sereno sonriera y nos dijera que volvería un día con más calma y podríamos hablar más rato. ¿Qué más nos dijo ? Nada, nada podía decirnos porque ya el abuelo había abierto las puertas del salón y se había apresurado a insistir con la mirada y con el gesto, como si hubiera terminado el tiempo que su magnanimidad nos había concedido. Se detuvo en la puerta y antes de salir se volvió aún para mirarnos y seducirnos con una media sonrisa de aceptación y esperanza desparramándose sobre nosotros que volvíamos a estar detrás del brazo del abuelo, como si quisiera decirnos que no había más remedio que aceptar lo que ocurría, que todo acabaría arreglándose un día, que ella no podía hacer más de lo que hacía, que así eran ahora las cosas y que estuviéramos juntos o separados sobrevolaría nuestra vida con sus alas y nos protegería contra el mal que trabajaba siempre en la tiniebla. Pero la puerta al cerrarse de golpe por el ímpetu y la prisa de aquel mismo brazo, se llevó su presencia, su aroma, su sonrisa, su voz melodiosa, y nos dejó con la quimera de lo que habría sido su imagen armónica, la sombra de sus alas y la dulzura de sus ojos de miel de haberse quedado para siempre con nosotros.

**Rosa REGÀS, *Luna lunera*, 2004.**

Uno de los recreos solitarios de don Fermín de Pas consistía en subir a las alturas. Era montañés, y por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido a la montaña más alta, y si no las había, a la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese a vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba.

5 Cuando iba a las aldeas acompañando al Obispo en su visita, siempre había de emprender, a pie o a caballo, como se pudiera, una excursión a lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues a los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que les daba vigor de acero a las

10 piernas y aliento de fragua a los pulmones. Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios, ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero, que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces

15 sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces a la torre de la catedral. Solía hacerlo a la hora del coro, por la mañana o por la tarde, según le convenía. Celedonio que en alguna ocasión, aprovechando un descuido, había mirado por el anteojo del Provisor, sabía que era de poderosa atracción; desde los segundos corredores, mucho más altos que el campanario, había él visto perfectamente a la Regenta,

20 una guapísima señora, pasearse, leyendo un libro, por su huerta que se llamaba el Parque de los Ozores; sí, señor, la había visto como si pudiera tocarla con la mano, y eso que su palacio estaba en la rinconada de la Plaza Nueva, bastante lejos de la torre, pues tenía en medio de la plazuela de la catedral, la calle de la Rúa y la de San Pelayo. ¿Qué más? Con aquel anteojo se veía un poco del billar del casino, que estaba junto a la iglesia de Santa María; y él, Celedonio, había visto pasar las bolas

25 de marfil rodando por la mesa. Y sin el anteojo ¡quía! en cuanto se veía el balcón como un ventanillo de una grillera. Mientras el acólito hablaba así, en voz baja, a Bismarck que se había atrevido a acercarse, seguro de que no había peligro, el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu a aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso

30 microscopio las pequeñeces de los cuerpos. No miraba a los campos, no contemplaba la lontananza de montes y nubes; sus miradas no salían de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones

35 de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo sino el trinchante.

**Leopoldo Alas CLARÍN *La Regenta* (1884), Tomo 1, cap. 1.**

Son pocos.  
 La primavera está muy prestigiada, pero  
 es mejor el verano.  
 Y también esas grietas que el otoño  
 forma al interceder con los domingos 5  
 en algunas ciudades  
 ya de por sí amarillas como plátanos.  
 El invierno elimina muchos sitios:  
 quicios de puertas orientadas al norte,  
 orillas de los ríos, 10  
 bancos públicos.  
 Los contrafuertes exteriores  
 de las viejas iglesias  
 dejan a veces huecos  
 utilizables aunque caiga nieve. 15  
 Pero desengañémonos: las bajas  
 temperaturas y los vientos húmedos  
 lo dificultan todo.  
 Las ordenanzas, además, proscriben  
 la caricia (con exenciones 20  
 para determinadas zonas epidérmicas  
 -sin interés alguno-  
 en niños, perros y otros animales)  
 y el «no tocar, peligro de ignominia»  
 puede leerse en miles de miradas. 25  
 ¿A dónde huir, entonces?  
 Por todas partes ojos bizcos,  
 córneas torturadas,  
 implacables pupilas,  
 retinas reticentes, 30  
 vigilan, desconfían, amenazan.  
 Queda quizá el recurso de andar solo,  
 de vaciar el alma de ternura  
 y llenarla de hastío e indiferencia,  
 en este tiempo hostil, propicio al odio. 35

**Ángel GONZÁLEZ, « Inventario de lugares propicios al amor », *Tratado de urbanismo* (1967).**

Conocí al Padre Mío en 1983. Habitaba en un eriazó en la Comuna de Conchalí. Su modo de apropiación del espacio hablaba de una ya larga instalación en el lugar; ropas colgadas en los arbustos, diarios antiguos, piedras de una fogata, y un gran tarro lleno de agua demarcaban un centro que era recorrido una y otra vez por el hombre que llamo el Padre Mío.

Enjuto, rigurosamente limpio, su físico estragado acusaba el efecto de someterse a variadas e intensas condiciones climáticas. Vivía permanentemente a la intemperie.

Debo enfatizar su extraordinaria capacidad de sobrevivencia, dado que su mente estaba detenida en un punto único. Esa mente vaciada de realidad, dedicada a urdir la manera de descifrar su dolorosa y definitiva verdad. Aterrado en medio de un complot, el poder lo acechaba mortífero, convirtiéndolo en un sujeto que ya se había desprendido de todo, incluso de su nombre propio. El Padre Mío, en cada uno de los encuentros que sostuvimos, estaba en completo estado de delirio y, a pesar de eso, era capaz de autoabastecer sus necesidades vitales.

Este libro recoge tres encuentros; en 1983, 1984 y 1985, respectivamente y en cada uno de ellos mi intervención se ha limitado a transcribir en forma fidedigna sus tres hablas grabadas en el eriazó de Conchalí. Una interrogante me ha atravesado dilatando esta publicación por casi cuatro años: ¿Cómo situar este libro? Interrogante continua, fundamental, percibiendo, por otra parte, que la respuesta ya estaba contenida en el instante mismo de la grabación y, por ello, recuperación de esta habla, siguiendo la lógica de su salvataje en el deseo de su publicación, de esta publicación.

Hube de ubicarme, otra vez, en un lugar diverso, un espacio de suplantación que no apela a revertir nada, a curar nada, como no sea instalar el efecto conmovedor de esta habla y la relación estética con sus palabras vaciadas de sentido, de cualquier lógica, salvo la angustia de la persecución silábica, el eco encadenatorio de las rimas, la situación vital del sujeto que habla, la existencia rigurosamente real de los márgenes en la ciudad y de esta escena marginal.

En suma, actuar desde la narrativa. Desde la literatura. Visto desde la literatura, este relato del relato toma gesticulantes las palabras hasta paralizarlas, mostrando su evidencia monologante, al llevar hasta el límite –trágico o burlesco– el nombre, los nombres del poder.

Cuando escuché al Padre Mío, pensé, evoqué a Beckett, viajando iracundo por las palabras detrás de una madre recluida y sepultada en la página. Después de Beckett, me surgió otra imagen:

Es Chile, pensé.

Chile entero y a pedazos en la enfermedad de este hombre; jirones de diarios, fragmentos de exterminio, sílabas de muerte, pausas de mentira, frases comerciales, nombres de difuntos. Es una honda crisis del lenguaje, una infección en la memoria, una desarticulación de todas las ideologías. Es una pena, pensé.

Es Chile, pensé.

Reconociendo que las palabras me hablan cuando me hablan, que en general me entrapa el lenguaje oral, que estoy seducida y comprometida por esa habla que recibí o encontré en la ciudad inesperadamente precisa, hoy recuerdo que pensé: es literatura, es como literatura.

Habiendo reconocido en ella una cierta equidad con la situación chilena bajo dictadura: su eclosión, el habla del Padre Mío me parece que ejerce una provocación y una demanda a habitar como testimonio, aunque en rigor su testimonio está desprovisto de toda información biográfica explícita.

Retorné a esa zona en varias oportunidades. Pregunté por él en los alrededores: "Se fue", me contestaron. La publicación de este libro me permite compartir su peso, dejar abiertas otras identificaciones. Me permite, especialmente, diluir su ausencia.

**Diamela ELTIT, «Prefacio», *El Padre Mío* (1985)**

### **Balada de los abuelos**

Sombras que sólo yo veo,  
me escoltan mis dos abuelos.

Lanza con punta de hueso,  
tambor de cuero y madera:  
mi abuelo negro.  
Gorguera en el cuello ancho,  
gris armadura guerrera:  
mi abuelo blanco.

Pie desnudo, torso pétreo  
los de mi negro;  
pupilas de vidrio antártico  
las de mi blanco.

África de selvas húmedas  
y de gordos gongos sordos...  
—¡Me muero!  
(Dice mi abuelo negro).  
Aguaprieta de caimanes,  
verdes mañanas de cocos...  
—¡Me canso!  
(Dice mi abuelo blanco).  
Oh velas de amargo viento,  
galeón ardiendo en oro...  
—¡Me muero!  
(Dice mi abuelo negro.)  
¡Oh costas de cuello virgen  
engañadas de abalorios...!  
—¡Me canso!  
(Dice mi abuelo blanco.)  
¡Oh puro sol repujado,  
preso en el aro del trópico;  
oh luna redonda y limpia  
sobre el sueño de los monos!  
¡Qué de barcos, qué de barcos!  
¡Qué de negros, qué de negros!

¡Qué largo fulgor de cañas!  
¡Qué látigo el del negrero!  
Piedra de llanto y de sangre,  
venas y ojos entreabiertos,  
y madrugadas vacías,  
y atardeceres de ingenio,  
y una gran voz, fuerte voz,  
despedazando el silencio.  
¡Qué de barcos, qué de barcos,  
qué de negros!

Sombras que sólo yo veo,  
me escoltan mis dos abuelos.

Don Federico me grita  
y Taita Facundo calla;  
los dos en la noche sueñan  
y andan, andan.  
Yo los junto.

—¡Federico!  
¡Facundo! Los dos se abrazan.  
Los dos suspiran. Los dos  
las fuertes cabezas alzan:  
los dos del mismo tamaño,  
bajo las estrellas altas;  
los dos del mismo tamaño,  
ansia negra y ansia blanca,  
los dos del mismo tamaño,  
gritan, sueñan, lloran, cantan.  
Sueñan, lloran. Cantan.  
Lloran, cantan.  
¡Cantan!

**Nicolás GUILLÉN, «Balada de los dos  
abuelos», in *West Indies Ltd.*, (1920-1972)**

Con mi razón apenas, con mis dedos,  
con lentas aguas lentas inundadas,  
caigo al imperio de los nomeolvides,  
a una tenaz atmósfera de luto,  
a una olvidada sala decaída,  
a un racimo de tréboles amargos.

Caigo en la sombra, en medio  
de destruidas cosas,  
y miro arañas, y apaciento bosques  
de secretas maderas inconclusas,  
y ando entre húmedas fibras arrancadas  
al vivo ser de substancia y silencio.

Dulce materia, oh rosa de alas secas,  
en mi hundimiento tus pétalos subo  
con pies pesados de roja fatiga,  
y en tu catedral dura me arrodillo  
golpeándome los labios con un ángel.

Es que soy yo ante tu color de mundo,  
ante tus pálidas espadas muertas,  
ante tus corazones reunidos,  
ante tu silenciosa multitud.

Soy yo ante tu ola de olores muriendo,  
envueltos en otoño y resistencia:  
soy yo emprendiendo un viaje funerario  
entre tus cicatrices amarillas:  
soy yo con mis lamentos sin origen,  
sin alimentos, desvelado, solo,  
entrando oscurecidos corredores,  
llegando a tu materia misteriosa.

Veo moverse tus corrientes secas,  
veo crecer manos interrumpidas,  
oigo tus vegetales oceánicos  
crujir de noche y furia sacudidos,  
y siento morir hojas hacia adentro,  
incorporando materiales verdes  
a tu inmovilidad desamparada.

Poros, vetas, círculos de dulzura,  
peso, temperatura silenciosa,  
flechas pegadas a tu alma caída,  
seres dormidos en tu boca espesa,  
polvo de dulce pulpa consumida,  
ceniza llena de apagadas almas,  
venid a mi, a mi sueño sin medida,  
caed en mi alcoba en que la noche cae  
y cae sin cesar como agua rota,  
y a vuestra vida, a vuestra muerte asidme,  
a vuestros materiales sometidos,  
a vuestras muertas palomas neutrales,  
y hagamos fuego, y silencio, y sonido,  
y ardamos, y callemos, y campanas.

**Pablo NERUDA, «Entrada en la madera»,  
*Residencia en la tierra* (1948)**

Nunca se sabrá cómo hay que contar esto, si en primera persona o en segunda, usando la tercera del plural o inventando continuamente formas que no servirán de nada. Si se pudiera decir: yo vieron subir la luna, o: nos me duele el fondo de los ojos, y sobre todo así: tú la mujer rubia eran las nubes que siguen corriendo delante de mis tus sus nuestros vuestros sus rostros. Qué diablos.

Puestos a contar, si se pudiera ir a beber un bock por ahí y que la máquina siguiera sola (porque escribo a máquina), sería la perfección. Y no es un modo de decir. La perfección, sí, porque aquí el agujero que hay que contar es también una máquina (de otra especie, una *Cóntax* 1.1.2) y a lo mejor puede ser que una máquina sepa más de otra máquina que yo, tú, ella —la mujer rubia— y las nubes. Pero de tonto sólo tengo la suerte, y sé que si me voy, esta Rémington se quedará petrificada sobre la mesa con ese aire de doblemente quietas que tienen las cosas movibles cuando no se mueven. Entonces tengo que escribir. Uno de todos nosotros tiene que escribir, si es que esto va a ser contado. Mejor que sea yo que estoy muerto, que estoy menos comprometido que el resto; yo que no veo más que las nubes y puedo pensar sin distraerme, escribir sin distraerme (ahí pasa otra, con un borde gris) y acordarme sin distraerme, yo que estoy muerto (y vivo, no se trata de engañar a nadie, ya se verá cuando llegue el momento, porque de alguna manera tengo que arrancar y he empezado por esta punta, la de atrás, la del comienzo, que al fin y al cabo es la mejor de las puntas cuando se quiere contar algo).

De repente me pregunto por qué tengo que contar esto, pero si uno empezara a preguntarse por qué hace todo lo que hace, si uno se preguntara solamente por qué acepta una invitación a cenar (ahora pasa una paloma, y me parece que un gorrión) o por qué cuando alguien nos ha contado un buen cuento, en seguida empieza como una cosquilla en el estómago y no se está tranquilo hasta entrar en la oficina de al lado y contar a su vez el cuento; recién entonces uno está bien, está contento y puede volverse a su trabajo. Que yo sepa nadie ha explicado esto, de manera que lo mejor es dejarse de pudores y contar, porque al fin y al cabo nadie se avergüenza de respirar o de ponerse los zapatos; son cosas que se hacen, y cuando pasa algo raro, cuando dentro del zapato encontramos una araña o al respirar se siente como un vidrio roto, entonces hay que contar lo que pasa, contarlo a los muchachos de la oficina o al médico. Ay, doctor, cada vez que respiro... Siempre contarlo, siempre quitarse esa cosquilla molesta del estómago.

Y ya que vamos a contarlo pongamos un poco de orden, bajemos por la escalera de esta casa hasta el domingo 7 de noviembre, justo un mes atrás. Uno baja cinco pisos y ya está en el domingo, con un sol insospechado para noviembre en París, con muchísimas ganas de andar por ahí, de ver cosas, de sacar fotos (porque éramos fotógrafos, soy fotógrafo). Ya sé que lo más difícil va a ser encontrar la manera de contarlo, y no tengo miedo de repetirme. Va a ser difícil porque nadie sabe bien quién es el que verdaderamente está contando, si soy yo o eso que ha ocurrido, o lo que estoy viendo (nubes, y a veces una paloma) o si sencillamente cuento una verdad que es solamente mi verdad, y entonces no es la verdad salvo para mi estómago, para estas ganas de salir corriendo y acabar de alguna manera con esto, sea lo que fuere.

Vamos a contarlo despacio, ya se irá viendo qué ocurre a medida que lo escribo. Si me sustituyen, si ya no sé qué decir, si se acaban las nubes y empieza alguna otra cosa (porque no puede ser que esto sea estar viendo continuamente nubes que pasan, y a veces una paloma), si algo de todo eso... Y después del “si”, ¿qué voy a poner, cómo voy a clausurar correctamente la oración? Pero si empiezo a hacer preguntas no contaré nada; mejor contar, quizá contar sea como una respuesta, por lo menos para alguno que lo lea.

**Julio CORTÁZAR, «Las babas del diablo», *Las armas secretas* (1959)**

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Intimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También rehizo el hombro derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una impresión de que ya todo eso había acontecido... En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: *Ahora estaré con mi hijo. O, más raramente: El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy.*

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer –y tal vez impaciente–. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanqueaban río abajo, a muchas leguas de inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supiera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal ejecutaba idénticos ritos, en otras ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego, hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la encía de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

**Jorge Luis BORGES, «Las ruinas circulares», *Ficciones* (1944)**

Ésta es la historia de un hombre que participó en una competencia de baile.

\*\*\*

La ciudad de Laborde, en el sudeste de la provincia de Córdoba, Argentina, a quinientos kilómetros de Buenos Aires, fue fundada en 1903 con el nombre de Las Liebres. Tiene seis mil habitantes y está en un área que, colonizada por inmigrantes italianos a principios del siglo pasado, es un vergel de trigo, maíz y derivados –harina, molinos, trabajo para centenares–, con una prosperidad, ahora sostenida por el cultivo de la soja, que se refleja en pueblos que parecen salidos de la imaginación de un niño ordenado o psicótico: pequeños centros urbanos con su iglesia, su plaza principal, su municipio, sus casas con jardín al frente, la camioneta último modelo Toyota Hilux cuatro por cuatro brillante brillante estacionada en la puerta, a veces dos. La ruta provincial número 11 atraviesa muchos pueblos así: Monte Maíz, Escalante, Pascanas. Entre Escalante y Pascanas está Laborde, una ciudad con su iglesia, su plaza principal, su municipio, sus casas con jardín al frente, la camioneta, etcétera. Es una más de miles de ciudades del interior cuyo nombre no resulta familiar al resto de los habitantes del país. Una ciudad como hay tantas, en una zona agrícola como hay otras. Pero, para algunas personas con un interés muy específico, Laborde es una ciudad importante. De hecho, para esas personas –con ese interés específico– no hay en el mundo una ciudad más importante que Laborde.

\*\*\*

El lunes 5 de enero del año 2009 el suplemento de espectáculos del diario argentino *La Nación* publicaba un artículo firmado por el periodista Gabriel Plaza. Se titulaba «Los atletas del folklore ya están listos», ocupaba dos columnas escasas en la portada y dos medias columnas en el interior, e incluía estas líneas: «Considerados un cuerpo de elite dentro de las danzas folklóricas, los campeones caminan por las calles de Laborde con el respeto que despertaban los héroes deportivos de la antigua Grecia.» Guardé el artículo durante semanas, durante meses, durante dos largos años. Nunca había escuchado hablar de Laborde, pero desde que leí ese magma dramático que formaban las palabras *cuerpo de elite, campeones, héroes deportivos* en torno a una danza folklórica y un ignoto pueblo de la pampa no pude dejar de pensar. ¿En qué? En ir a ver, supongo.

\*\*\*

*Gaucha* es, según la definición del *Diccionario folklórico argentino* de Félix Coluccio y Susana Coluccio, «la palabra que se usó en las regiones del Plata, Argentina, Uruguay (...) para designar a los jinetes de la llanura o la pampa, dedicados a la ganadería. (...) Habituales jinetes y criadores de ganado, se caracterizaron por su destreza física, su altivez y su carácter reservado y melancólico. Casi todas las faenas eran realizadas a caballo, animal que constituyó su mejor compañero y toda su riqueza». El lugar común –el prejuicio– le otorga al gaucho características precisas: se lo supone valiente, leal, fuerte, indómito, austero, curtido, taciturno, arrogante, solitario, arisco y nómada.

*Malambo* es, según el folklorista y escritor argentino del siglo XIX Ventura Lynch, «una justa de hombres que zapatean por turno al ritmo de la música». Un baile que, con el acompañamiento de una guitarra y un bombo, era un desafío entre gauchos que intentaban superarse en resistencia y destreza. Cuando Gabriel Plaza hablaba de «un cuerpo de elite dentro de las danzas folklóricas» se refería a eso: a esa danza y a quienes la bailan.

**Leila GUERRIERO, *Una historia sencilla* (2013)**

Sé muchas cosas que nadie sabe. Conozco del mar, de la tierra y del cielo infinidad de secretos pequeños y mágicos. Esta vez, sin embargo, no contaré sino del mar.

Y El Chico, un muchachito hijo de honestos pescadores, que frenético de aventuras y fechorías se había escapado para embarcarse en "El Terrible" (que era el nombre del barco pirata, así como el nombre de su capitán), acatando órdenes, vuelve sobre sus pasos, la frente baja y como observando y contando cada uno de ellos.

-Vaya el lerdito... el patizambo... el tortuga -reta el Pirata una vez al muchacho frente a él; tan pequeño a pesar de sus quince años, que apenas si llega a las hebillas de oro macizo de su cinturón salpicado de sangre.

"Niños a bordo" -piensa de pronto, acometido por un desagradable, indefinible malestar.

- Mi Capitán -dice en aquel momento El Chico, la voz muy queda-, ¿no se ha fijado usted que en esta arena los pies no dejan huella?

¿Ni que las velas de mi barco echan sombra? -replica éste, seco y brutal.

Luego su cólera parece apaciguarse de a poco ante la mirada ingenua, interrogante con que El Chico se obstina en buscar la suya.

- Vamos, hijo -masculla, apoyando su ruda mano sobre el hombro del muchacho-. El mar no ha de tardar...

- Sí, señor -murmura el niño, como quien dice: Gracias.

Gracias. La palabra prohibida. Antes quemarse los labios. Ley de Pirata.

"¿Dije Gracias?" -se pregunta El Chico, sobresaltado.

"¡Lo llamé: hijo!" -piensa estupefacto el Capitán.

- Mi Capitán -habla de nuevo El Chico-, en el momento del naufragio...

Aquí el Pirata parpadea y se endereza brusco.

- ...del accidente, quise decir, yo me hallaba en las bodegas. Cuando me recobro, ¿qué cree usted? Me las encuentro repletas de los bichos más asquerosos que he visto...

- ¿Qué clase de bichos?

- Bueno, de estrellas de mar... pero vivas. Dan un asco. Si laten como vísceras de humano recién destripado... Y se movían de un lado para otro buscándose, amontonándose y hasta tratando de atracarseme...

- Ja. Y tú asustado, ¿eh?

- Yo, más rápido que anguila, me lancé a abrir puertas, escotillas y todo; y a patadas y escobazos empecé a barrerlas fuera. ¡Cómo corrían torcido escurriéndose por la arena! Sin embargo, mi Capitán, tengo que decirle algo... y es que noté... que ellas sí dejaban huellas...

El Terrible no contesta. Y lado a lado ambos permanecen erguidos bajo esa mortecina verde luz que no sabe titilar, ante un silencio tan sin eco, tan completo, que de repente empiezan a oír. A oír y sentir dentro de ellos mismos el surgir y ascender de una marea desconocida. La marea de un sentimiento del que no atinan a encontrar el nombre. Un sentimiento cien veces más destructivo que la ira, el odio o el pavor. Un sentimiento ordenado, nocturno, roedor. Y el corazón a él entregado, paciente y resignado.

-Tristeza -murmura al fin El Chico, sin saberlo. Palabra soplada a su oído.

Y entonces, enérgico, tratando de sacudirse aquella pesadilla, el Capitán vuelve a aferrarse del grito y del mal humor.

-Chico, basta. Y hablemos claro, Tú, con nosotros, aprendiste a asaltar, apuñalar, robar e incendiar... sin embargo, nunca te oí blasfemar.

Pausa breve; luego bajando la voz, el Pirata pregunta con sencillez.

-Chico, dime, tú has de saber... ¿En dónde crees tú que estamos?

-Ahí donde usted piensa, mi Capitán -contesta respetuosamente el muchacho...

-Pues a mil millones de pies bajo el mar, caray -estalla el viejo Pirata en una de esas sus famosas, estrepitosas carcajadas, que corta súbito, casi de raíz.

Porque aquello que quiso ser carcajada resonó tremendo gemido, clamor de aflicción de alguien que, dentro de su propio pecho, estuviera usurpando su risa y su sentir; de alguien desesperado y ardiendo en deseo de algo que sabe irremisiblemente perdido.

**María Luisa BOMBAL, «Lo secreto» (1940)**

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría, pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo.

"No dejes de ir a visitarlo -me recomendó. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte." Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.

Todavía antes me había dicho:

-No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.

-Así lo haré, madre.

Pero no pensé cumplir mi promesa. Hasta que ahora pronto comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por eso vine a Comala.

Era ese tiempo de la canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente, envenenado por el olor podrido de las saponarias.

El camino subía y bajaba: "Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para él que viene, baja."

-¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?

-Comala, señor.

-¿Está seguro de que ya es Comala?

-Seguro, señor.

-¿Y por qué se ve esto tan triste?

-Son los tiempos, señor.

Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre; de su nostalgia, entre retazos de suspiros. Siempre vivió ella suspirando por Comala, por el retorno; pero jamás volvió. Ahora yo vengo en su lugar. Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver: "Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche." Y su voz era secreta, casi apagada, como si hablara consigo misma... Mi madre.

-¿Y a qué va usted a Comala, si se puede saber? -oí que me preguntaban.

-Voy a ver a mi padre contesté.

-¡Ah! - dijo él.

Y volvimos al silencio.

Caminábamos cuesta abajo, oyendo el trote rebotado de los burros. Los ojos reventados por el sopor del sueño, en la canícula de agosto.

-Bonita fiesta le va a armar -volví a oír la voz del que iba allí a mi lado-. Se pondrá contento de ver a alguien después de tantos años que nadie viene por aquí.

Luego añadió:

-Sea usted quien sea, se alegrará de verlo.

En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más adelante, la más remota lejanía.

**Juan RULFO, *Pedro Páramo* (1955)**

Sólo recordó que había vaciado íntegramente su ametralladora. Recordó que cuando la automática se le había finalmente recalentado y atascado, la abandonó y siguió entonces arrojando granadas de mano, hasta que sus dos brazos se le durmieron a los costados. Lo más extraño de todo era que, mientras sucedían estas cosas, le habían atravesado recuerdos de otros hechos, reales y ficticios, que, aparentemente no tenían entre sí ninguna conexión y acentuaban, en cambio, la sensación de sueño en que él mismo flotaba. Pensó, por ejemplo, en el escapulario carmesí de su madre (real); en el inmenso panambí de bronce de la tumba del poeta Ortiz Guerrero (ficticio); en su hermanita María Isabel, recién recibida de maestra (real). Estos parpadeos incoherentes de su imaginación duraron todo el tiempo. Recordó haber regresado con ellos chapoteando en un vasto y espeso estero de sangre.

Aquel túnel del Chaco y este túnel que él mismo había sugerido cavar en el suelo de la cárcel, que él personalmente había empezado a cavar y que, por último, sólo a él le había servido de trampa mortal; este túnel y aquél eran el mismo túnel; un único agujero recto y negro con un boquete de entrada pero no de salida. Un agujero negro y recto que a pesar de su rectitud le había rodeado desde que nació como un círculo subterráneo, irrevocable y fatal. Un túnel que tenía ahora para él cuarenta años, pero que en realidad era mucho más viejo, realmente inmemorial.

Aquella noche azul del Chaco, poblada de estruendos y cadáveres había mentido una salida. Pero sólo había sido un sueño; menos que un sueño: la decoración fantástica de un sueño futuro en medio del humo de la batalla.

Con el último aliento, Perucho Rodi la volvía a soñar; es decir, a vivir. Sólo ahora aquel sueño lejano era real. Y ahora sí que avistaba el boquete engeguecedor, el perfecto redondel de la salida.

Suñó (recordó) que volvía a salir por aquel cráter en erupción hacia la noche azulada, metálica, fragorosa. Volvió a sentir la ametralladora ardiente y convulsa en sus manos. Soñó (recordó) que volvía a descargar ráfaga tras ráfaga y que volvía a arrojar granada tras granada. Soñó (recordó) la cara de cada una de sus víctimas. Las vio nítidamente. Eran ochenta y nueve en total. Al franquear el límite secreto, las reconoció en un brusco resplandor y se estremeció: esas ochenta y nueve caras vivas y terribles de sus víctimas eran (y seguirán siéndolo en un fognazo fotográfico infinito) las de sus compañeros de prisión. Incluso los diecisiete muertos, a los cuales se había agregado uno más. Se soñó entre esos muertos. Soñó que soñaba en un túnel. Se vio retorcerse en una pesadilla, soñando que cavaba, que luchaba, que mataba. Recordó nítidamente el soldado enemigo a quien había abatido con su ametralladora, mientras se retorcía en una pesadilla. Soñó que aquel soldado enemigo lo abatía ahora a él con su ametralladora, tan exactamente parecido a él mismo que se hubiera dicho que era su hermano mellizo.

El sueño de Perucho Rodi quedó sepultado en esa grieta como un diamante negro que iba a alumbrar aún otra noche. La frustrada evasión fue descubierta; el boquete de entrada en el piso de la celda. El hecho inspiró a los guardianes.

Los presos de la celda 4 (llamada Valle-i), menos el evadido Perucho Rodi, a la noche siguiente encontraron inexplicablemente descorrido el cerrojo. Sondearon con sus ojos la noche siniestra del patio. Encontraron que inexplicablemente los pasillos y corredores estaban desiertos. Avanzaron. No enfrentaron en la sombra la sombra de ningún centinela. Inexplicablemente, el caserón circular parecía desierto. La puerta trasera que daba a una callejuela clausurada, estaba inexplicablemente entreabierta. La empujaron, salieron. Al salir, con el primer soplo fresco, los abatió en masa sobre las piedras el fuego cruzado de las ametralladoras que las oscuras troneras del panóptico escupieron sobre ellos durante algunos segundos.

Al día siguiente, la ciudad se enteró solamente de que unos cuantos presos habían sido liquidados en el momento en que pretendían evadirse por un túnel. El comunicado pudo mentir con la verdad. Existía un testimonio irrefutable: el túnel. Los periodistas fueron invitados a examinarlo. Quedaron satisfechos al ver el boquete de entrada en la celda. La evidencia anulaba algunos detalles insignificantes: la inexistente salida que nadie pidió ver, las manchas de sangre aún frescas en la callejuela abandonada.

Poco después el agujero fue cegado con piedras y la celda 4 (Valle-i) volvió a quedar abarrotada.

**Augusto ROA BASTOS, «La excavación», in *El trueno entre las hojas* (1953)**

Confesó que ya estaba harta de ser una rana soltera. Desde hacía tiempo no veía la hora de ser una rana casada. Vivirían bajo un mismo techo, compartiendo tareas domésticas y pago de facturas. Adoptarían dos hermosos renacuajos. Y lo mejor de todo: trabajarían juntas en un mismo programa, “A la cama con Esmeralda y Esperanza”, acompañando a los niños del mundo entero en el arduo arte de irse a dormir.

Todos aplaudieron hasta hacer temblar los muros de aquel subsuelo.

–¡Shhhhh! –susurró Esmeralda. –¡No hagan tanto ruido! ¡Van a despertar a media ciudad! ¡Vamos a acostarnos! ¡Ya es muy tarde!

–¿Cómo hacemos para volver? –preguntó Vladimir.

–¡Buena pregunta! –dijo Esmeralda. –No sé si en mi submarino hay lugar para tantas ovejas y osos.

–Eso no es un problema, amor –dijo Esperanza.

–Podemos hacer varios viajes. Aún tenemos toda la noche por delante.

–No tanto –objetó Esmeralda. –Pronto va a amanecer y este niño tiene que estar en la cama lo más pronto posible, antes que sus padres se despierten.

–Tampoco es un problema, tesoro –repitió Esperanza y se acercó a Vladimir para estamparle en la mejilla un beso categoría B y ponerse a croar, muy ufana. Vladimir no tuvo tiempo de despedirse de nadie. Se le cerraron los ojos.

Se le cerraron los ojos y percibió la oscuridad que se proyectaba en el reverso de sus párpados y se contempló durante un instante en aquel espejo negro en el que nadie puede mirarse sin ser capturado; ahí donde no hay división ni separación ni diferencia; ahí donde todo se toca, se confunde y se une; ahí donde todo es indistinto, informe, inmaterial. Comenzó a ver sin luz y oír sin sonidos. Vio y oyó una aguja plateada, que iba y venía en las penumbras, enhebrando lo que estaba cerca y lo que estaba lejos, lo que estaba adentro y lo que estaba afuera, lo que ocurrió antes y lo que ocurre ahora, la alegría y la tristeza, el placer y el dolor que hacen girar a los astros.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba en la cocina de su casa, delante de la pileta, llenando un vaso de agua, mareado, aturdido, ofuscado, sin comprender muy bien lo que estaba haciendo. A decir verdad, no tenía sed. Lo que sí tenía era sueño. Muchísimo sueño. Como si le hubiera caído encima todo el cansancio del mundo.

Se le aflojaron los nervios y se le relajaron los músculos. Volcó el vaso y cerró la canilla para no desperdiciar inútilmente el agua potable.

Al asomar la cabeza a la sala de estar, reparó que el sillón estaba vacío. Probablemente, en medio de la noche, su madre se había despertado por culpa de un dolor cervical y se había retirado a descansar a sus aposentos, masajeándose la nuca. Aún estaba a tiempo. Atravesó la habitación, tambaleante, sin dejar de bostezar, invadido por un sentimiento de tenuidad y suspensión, como si el cuerpo se le hubiera vuelto incorpóreo, como si hubiera perdido todo peso.

El sueño iba extendiendo su imperio, conquistando cada una de sus partes, empezando por aquellas que estaban en la superficie del cuerpo, más desprotegidas y expuestas al asalto. Lo primero que se duerme es la piel. Y luego avanzaba hacia aquellas partes atrincheradas en el interior, rodeadas por una muralla inexpugnable, que contraatacaban y lo hacían retroceder, por unos breves instantes. Lo último en dormirse son los huesos.

Al llegar a su cuarto, descubrió la mejor sorpresa que la vida le había deparado hasta entonces: el Eterno Retorno de los juguetes. Recostado sobre el cobertor, con los brazos tendidos y las orejas erguidas, mirándolo con sus ojos negros de botón, tal como lo había dejado por última vez, hacía seis meses, un poco más grande y mullido, como si durante aquella interminable ausencia hubiera crecido algunos centímetros, estaba esperándolo Oklahoma.

**Diego VECCHIO, *Osos* (2013)**

en el gran cielo de la poesía/mejor dicho/  
en la tierra o mundo de la poesía que incluye cielos/astros  
dioses/mortales  
está cantando el ruiseñor de keats/siempre/  
pasa rimbaud empuñando sus 17 años como la llama de amor viva de  
san juan/

a la teresa se le dobla el dolor y su caballo triza  
el polvo enamorado francisco de quevedo y villegas/  
el dulce garcilaso arde en los infiernos de john donne/  
de césar vallejo caen caminos para que los pies de la poesía caminen/

pies que pisan callados como un burrito andino/  
baudelaire baja un albatros de su reino celeste/  
con el frac del albatros mallarmé va a la fiesta de la nada posible/  
suena el violín de verlaine en la fiesta de la nada posible/recuerda

que la sangre es posible en medio de la nada/  
que girondo liublamará perrinunca lamora/y  
girarán los barquitos de tuñón  
contra el metal de espanto que abusó a apollinaire/

oh lou que desamaste la eternidad de viaje/  
el palacio del exceso donde entró la sabiduría de blake/  
el paco urondo que forraba en lamé la felicidad  
para evitarle fríos de la época/

roque dalton que trepaba por el palo mayor de su alma y gritaba  
'Revolución'  
y veía la Revolución y la Revolución era la sola tierra firme que veía/  
y javier heraud que fue a parar tiernísimo a la selva/  
y abrió la selva de la boca con su torrente claro/

y el padre darío que a los yanquis dijo no/  
como sandino dijo no/  
y el frente amplio de la poesía y de la guerra les volvió a decir no/  
y nicaragua brilla en su ejercicio de amar/

martí yendo y viniendo por el aire con los muertos queridos  
que vió volar como una rosa blanca/  
¿no ves a mis compañeros volar por el aire ochenta años después?/  
¿estás despierto par que sigamos diciendo no?/

¿los muertos se ponen pálidos como magdalena cuando amasaba  
sus panes con más lágrimas que harina?/¿hasta que venga el día?/  
¿día en que toda américa latina subirá lentamente?/  
¿amorosamente?/¿navegando como hacen mis planetas del sur?/

ahora canta el ruiseñor del griego al fondo de los siglos/

pasa walt whitman con el ruiseñor al hombro cantando en paumanok/  
pasa el comandante guevara a hombros del ruiseñor/  
pasa el ruiseñor que se alejó de la vida callado como burrito andino

en representación de los que caen por la vida/  
pasa la luna de rosados dedos/  
pasa safo abrigando al ruiseñor  
que canta/canta/canta/

**Juan GELMAN, «Ruiseñores de nuevo», *Interrupciones 2* (1998)**